

GALERIA

IRREPETIBLE FESTIVAL DE LAS FLORES

por ESTEBAN CARDA RIUS

Viernes 19 de mayo del 95, dos días después de San Pascual, patrono celestial del pueblo.

V Festival taurino.

La plaza de toros portátil, a las cinco de la tarde, tenía abiertas sus puertas. Instalada en el solar de la Mayorazga, "Camí de la Travessa", a la derecha Solaes, a la izquierda Madrigal, hoy calle Michalovce, ciudad hermana, sangre continental de centro europa, fría; con sangre caliente mediterránea, del sur. Se conocieron por nuestra embajada de bailes y canciones, se gustaron y se quisieron.

El cartel torero lo formaban los maestros Rincón, Joselito, Litri, (que fue sustituido por Caballero), Ponce, Jesulín, Barrera y Soler, el novillero de Borriana. Ganadería de los hermanos Jiménez, de Jaén.

Festival organizado por el Ayuntamiento, Club Taurino, Comisiones del Toro y Peñas.

Plaza nueva, de trinca. Dicen los que lo saben porque lo han dicho gentes de Córdoba, de la Mezquita y el Guadalquivir, de la calle de las siete revueltas y de la plaza del Cristo de los Faroles, de los patios floreados y del Gran Capitán, de Manolete y Romero de Torres, que esta plaza portátil es la de mayor aforo entre las de su modalidad en el mundo entero y que resiste como otra cualquiera de mampostería, cosa que quedó probada porque los bichos toreados la emprendieron por su cuenta y embistieron constantemente por todos los burladeros.

Desde los cosos lejanos mexicanos, (México se escribe con equis y se pronuncia con jota, Méjico; y quien lo escuchó, exclamó: coxones, coxones...), todas las Américas, hasta la Francia cercana, buscando con lupa influencias, oportunidades y circunstancias, no es posible encontrar un cartel taurino como éste; realidad plena, gracias a los esfuerzos de un conjunto de personas, que no cobraron, para lograr el éxito de Vila-real. Palabra. Ah! Y

portar además a las clarisas de San Pascual, tres kilos largos de pesetas que nunca se alcanzaron en anteriores festivales, que fueron cuatro, ni sumando sus resultados.

A las 5'30 de la tarde, exactamente, pasan por el callejón a ocupar un destacado burladero, el hijo predilecto de Vila-real, Jordi García Candau, de oscuro, gafas de sol, elegante, serio, acompañado por Angel Casas, los hermanos Corbató y Fernando Fernández Román, de Tendido Cero de TVE.

A las 5'35, Enrique Ayet, el buen alcalde, el mejor alcalde, con tres legislaturas sobre sus hombros, una docena de años en el cargo, transformador de la geografía local en una pequeña y coquetona capital de provincia. Responsable de los cinco festivales de San Pascual, ocupa la presidencia.

A las 5,40, es abierto el portón de cuadrillas; el de los maestros, brujos y magos de la tauromaquia. Una caja enjaezada, arrastra la primera calesa que abre plaza, invadiendo la arena otra más que exhiben la corte terrenal y reina de fies-

tas, todas de chaquetilla torera y sombrero cordobés.

Puede empezar la corrida. Vuelve a ser abierto el portón y entran en el ruedo los seis magos y el aprendiz, destacados todos menos éste y Caballero, precedidos por jinetes alguacillos. Suenan pasodobles. Detrás de los maestros, los subalternos, los picadores con sus garrochas precintadas, los muleros y las mulillas, y al final, los peones y monosabios, alisando la arena y recogiendo las pocas boñigas que deja la caballería. Forman un conjunto procesional vistoso. Dicen por ahí los muy aficionados, que las corridas de toros son como los puercos, que todo es aprovechable y bueno al paladar; y si sale mal, vale la pena ir a la plaza porque el desfile inicial es por sí todo un espectáculo precioso.

Cuando suenan clarines, son las 5'55 de la tarde: tres cincos seguidos, separados por una silenciosa coma. Toda la plaza parece va a estallar. Alguien recuerda a Dámaso ya casi de Vila-real, a Esplá el intelectual y poeta, con su gorra faenera y su capote azul y rojo, y al Soro, sus hermanos, su padre, su cordoncito de San Pascual.

Se abre el portón del toro. Va a salir el primer bicho.

Es para Jesús Janeiro, nombre poco conocido: se anuncia como *Jesulín de Ubrique*, de Cádiz, nacido el 9 de enero de 1971. Tiene veinticuatro años cumplidos. Su pueblo, conocido y célebre por petacas, carteras, bolsos y monederos de fina piel, ahora debe su fama a Jesulín, como fenómeno sociológico, estirado, desenfadado, de toreo tremendo. Su nombre llena plazas. Ríe por nada, hace lo más imprevisible, tiene una provocación cautivadora, dando la sensación de necesitar el amparo de un cuerpo femenino para mecerlo y dormirle, como un niño de pañales. Mueve masas, sobre todo femeninas. A un vecina de localidad, le brillaron lucecitas en los ojos y daba la sensa-



ción que una campanita le hacía tilín-tilín.

El novillo-toro que le tocó, castaño, ojos aperdizados, cornigacho, fue recibido por verónicas, que es lo que se hace casi siempre y la media que cierra la tanda. Los olés comenzaron con la lidia, cuando Jesulín abrió el percal y no pararon hasta que se llevaron el toro a descuartizar. Lleva al animal a la pica y basta un puyazo corto, que siempre hace pupa; pero el toro no se quejó. Cambió el tercio. Dos pares de banderillas. Brinda al público, a la plaza; y desde el infinito debieron oírse los gritos de gargantas delicadas, el clamor de las gentes, la locura, y el "torero, torero" que se acompañó hasta la muerte del bicho. Redondos, circulares como un anillo en el dedo corazón. Cita con chulería. La música ni se oye ni se atiende. Derechazos y el de pecho, como un ama de cría. Sin enmendar. Y entonces realiza el pase de la tortilla. ¿Qué es la tortilla taurómaca?, pregunto; pero el vecindario se hace el desentendido. Quizá no lo sepa. Alardes de estar como una cabra, acariciando al astado y dejándose acariciar por sus pitones. Naturales con pies separados que enloquecen. Alarga la lidia, redondos, derechazos, público en pie. Un pinchazo y una entera, hasta la bola, que atravesó al noble animal. Los moqueros cubrieron al público como un manto móvil, ondulante, de blancuras impolutas.

Dos orejas le dieron, que el alguacilillo entregó en el anillo de varas. Eran las 6'16, cuando esto acaeció.

Una paloma blanca en el ruedo. Fue el toque de permisión y empezó la lluvia de ramos de flores, de flores sin ramos, de prendas de vestir. Dos mantones de manila; luego otro. Un mozo con el capazo y el recogedor, iba retirando las flores que quedaban sobre la arena, olvidadas, no marchitas. Dos chicas saltaron al ruedo y besuquearon al maestro. Después de la vuelta triunfal, saludó desde los medios. Otra chica, ya mayorcita, salta y lo besa. Luego el maestro levantó los brazos en un breve saludo y se fue, mientras el peón acababa la recogida de los restos florales.

La muchacha vecina de localidad, quedó mohina triste, disgustada; pero se le pasó enseguida.

A las 6'25, le tocó a *César Rincón*, el colombiano, de Bogotá. Treinta años cumplirá el 7 de septiembre, jueves, en las fiestas de la Virgen de Gracia, la patrona morena.

Le toca un torete castaño.

Las verónicas agradan y paran al toro que iba destemplado por el ruedo como Pedro por su casa, sin hacer caso a nadie. Se lo lleva al centro como si tal cosa y allí torea. Pica buena que basta. El novillo-toro ahora es lento, no corretea, pasea. Cambia de tercio.

Dos buenos pares. No brinda. Deja la montera en el suelo, en el centro de la circunferencia, la parte hueca besando la arena, como marcan los cánones que reparten suerte. Sigue con derechazos. El torito rehuye la franela y busca apoyo en las tablas; pero la provocadora muleta lo atosiga y obliga a embestir. Aplausos y música. Ahora son los naturales, con desplantes frente a su enemigo. El bicho se despreocupa y va a la suya; pero el maestro le obliga a cumplir. Llega la hora suprema, calla la música, se perfila el matador y endosa una estocada que hace caer al animal, que ya no se levanta.

Vuelven los pañuelos a cubrir el graderío, y las gargantas gritan: "torero, torero". El alguacilillo, destocado, entrega a César las dos orejas. Son las siete menos cuarto de la tarde. Prendas y flores.

A las siete menos cuarto, entra en el ruedo un toro negro, a paso lento, mirando a su alrededor, buscando algo que no encuentra. Le toca a *Joselito, José Miguel Arroyo*, madrileño de la capital. El primero de mayo cumplió veintiséis años.

Comienza con una serie de siete verónicas y la media, muy aplaudido. El percal para Joselito es fundamental, lo domina y se luce. Torea sin ninguna concesión a la galería, pero sí halagando al respetable que es el que paga. La pica, se inicia con el contacto de toro y caballo por



el trasero de éste. Un puyazo muy bueno. Tres pases burlando los cuernos en el quite, que se aplauden. Banderillas y cambio. Brinda a la multitud, con lentitud, desmayo, hondura, intimista, como su personalidad. Comienza manejando la franela con la diestra, pares bajos, toreros, que ponen en marcha la música. Separa las piernas y domina. El toro obedece como un parvulillo. Estampa preciosa del conjunto que forman torero y toro, belleza, tan lentos que parece que se ha parado el tiempo. Naturales y tiene que corregir porque el toro no va por ahí. Lentitud en la siniestra. Aguanta, valiente, aguanta lo inverosímil, abaniqueos, pliegue de la franela y desplante. Calla la música y el público: el matador está cantando por los bajines al torete. Falla en el intento de matar. Ahora no canta; pero le habla al toro: "Mira, bonito", le dice, y falla otra vez. Al tercer intento, entre tablas, acierta y muere el toro.

Pañolería pero menos. Una oreja solitaria. Son las siete y siete minutos.

Todavía quedan flores para Joselito, con aplausos, que saluda en los medios después de la vuelta al ruedo.

Joselito lleva, en su muñeca derecha, el "cordonet" de San Pascual.

El auto-cuba riega el terreno de lidia. A las 7'15, un toro negro.

Va a torear *Enrique Ponce*, número uno, de Chiva, nacido el día de la Purísima del año 71. Le llaman Enrique, tocayo del responsable y organizador de los cinco festivales pascualinos, otro número uno.

Ponce es el mago, el brujo, el dómine, de la tauromaquia actual: su capote aletea, su muleta está templada; y los ojos del público durante la lidia, fijos en su figura que atrae como un imán.

Verónicas y faroles para un torito alegre y olé. ¿Qué tendrá Enrique Ponce en su intuición, en su perfección clara, íntima, visión beatífica, para entrar en terrenos extraños y someter al toro con su engaño? Verónicas a una mano, por añadidas. Un puyazo. Dos pares de banderillas, uno muy bueno.

Brinda a Jordi, hijo predilecto de Vila-real, que dirige la tele nacional. Una tanda de cuatro derechazos, a la que sigue otra de seis y el de pecho, aderezados con música, gritos de "torero, torero", cinco naturales y el de pecho, derechazos, adornos jugando con el toro como dos amigos de toda la vida que no quieren hacerse daño; redondos, bailando como una peonza, desplantes de chulería, revoloteando en el redondel.

El público no sabe qué hacer, cansado de aplaudir y gritar. Y de pronto, el silencio. Ponce hace desplantes delante del toro, que está pasmado, escuchando la cháchara, frívola y sutil: hablándole al toro, coloca una media que basta. Pliega la muleta, acaricia el testuz del que va a morir, y se llena la plaza de pañuelos blancos. Son las 7'30 de la tarde. Se pide el rabo, las orejas; cobra los tres apéndices y las mulillas cascabeleras se llevan al toro desorejado y desrabado.

Quedan flores y prendas que tirar. Alguien dice que Vila-real tiene más flores que naranjas y azulejos. No lo creo. Paseo triunfal.

A las 7'40 de la tarde, *Manolo Caballero*, de Albacete, ya conocido, que actuó en el anterior festival, el domingo de Pentecostés y lidió un toro de mucho cuidado; tiró al aire al maestro en espectacular voltereta, a cambio de dos orejas y un rabo.

Le sale un toro soso, que recibe con verónicas. Cambia de tercio. Un picador, grueso y mantecoso, con garrocha precintada, asemeja una escultura de Botero. Pica bien y se va. Luego dos formidables pares de rehiletos. Brinda al predilecto Jordi, como su antecesor en la lidia. Colección de derechazos buenos, otra tanda abrazando al toro cuando pasa. Caballero está satisfecho y una chica le grita: "torero, torero", con poca convicción. Naturales que no convencen; un desplante, tocando los cuernos del toro, abaniquea y desplante arrodillado y sonriente. Estocada que mata. Dos orejas y petición de rabo que no se concede. El toro desorejado, se quedó quieto, en un dulce sueño, hasta que llegaron las mulillas y se lo llevaron, sin despertarle.

No había flores; pero sí, quedaban, y se las ofrecieron al Caballero entre aplausos, en su vuelta al ruedo.

Las ocho en punto.

Clarines, portón que se abre: un toro castaño, ojos de perdiz, para *Vicente Barrera*.

"Vicente, que tengas suerte"; y Vicente volvió la cabeza, serio, sin pestañear, y agradeció el deseo. Estaba en su momento trascendente.

Vicente Barrera, es abogado y nació en Valencia, el 29 de julio del 68. Es nieto de otro Vicente Barrera, muy conocido por estas tierras, matador de toros, que tuvo su Club en Vila-real, calle Mayor San Jaime, en lo alto de la peluquería de Dionisio, en la esquina de la Preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Estaba formado por Paco el Ferrero y su

cuadrilla de amigos, muy buenos aficionados. El abuelo de Barrera murió como torero, y su nieto es un diestro tardío que ha irrumpido en las plazas como figura. Es vertical, estirado y serio.

Recibe al astado por verónicas y revoleras. Pica buena y recreada. Dos pares de banderillas muy buenos. Brinda a no sé quién; luego oí decir que a su padre. Cuatro estatuarios y el de pecho, sin enmendar; cuatro derechazos y pecho, sin enmendar; sus dos pies juntos, tocándose los tacones de las botas, sobre una superficie de azulejo de 20x20, como si bailase un chotis castizo y postinero, pero sin moverse, tancrediano. El toro va y el toro viene; el torero quieto, sólo levanta el brazo con la franela para que pase. Toro y torero, serios los dos; los toros no se rien, los toreros tampoco cuando tejen pases y entran en la alquimia de los magos transmutando cualquier cosa en oro de todos los quilates, de soles y estrellas en el firmamento taurino. Naturales quieto, con lentitud, y ahora sí se mueve, para ir a buscar el acero de verdad, que si no, se queda hasta saludar a la luna lunera que es muy torera. Ayudados por alto. Estocada entera y un descabello, enviaron al toro a su cielo.

Pañuelos, pañuelos. Dos orejas y rabo. Se llevaron al toro con aplausos. Y llenaron el camino sin fin de la vuelta al ruedo, de flores y más flores, que se multiplicaban milagrosamente.

A las 8'25, salía de toriles el último de la tarde.

Vicente Soler Lázaro, de Borriana, renació en esta plaza en el festival anterior.



Fue Soler hacia el toril con el percal al hombro, como si tal; se arrodilló, extendió su capote y esperó. Brevíssima espera, que pareció una eternidad. Salió el novillo-toro. Negro como una noche sin luna o la boca del lobo. Soler formó una larga cambiada que entusiasmó, siguiendo de pie verónicas, chicuelinas y filigranas, levantando al público que no vuelve a sentarse. Puyazo y cambio. Una paloma blanca revolotea indecisa, sin saber dónde volar, a esconderse para no ver en qué quedaba aquéllo.

Tres pares de palitroques para el maestro; el primero y segundo, de poder a poder, excelentes; el tercero, cerrado en tablas, eriza los pelos, saliendo jugueteando con el astado. El público, que sigue de pie, le pide otro par y Soler dice que no.

La música empezó a sonar al principio y agotó su repertorio de pasodobles. La gente gritaba: "machote, torero, valiente, loco, maestro" y otros adjetivos.

Brinda al público. Toma su sombrero alado, lo deposita mimosamente en el centro de la plaza, la concavidad hacia arriba, recoge un puñado de arena y lo deja caer ostentadamente en el vacío del tocado. Ahí queda eso. Fue el farol más emocionante de la tarde, provocando la suerte.

Redondos como aros, completos y soldados, molinetes, derechazos, desplantes del teléfono, de rodillas, de locura. El novillero, aprendiz a mago, a maestro, se hace con el público que grita y aplaude. Sensación de tragedia que se masca. Tres pinchazos y una casi entera que factura al novillo a la eternidad. Dos orejas.

El público respiró hondamente. Se acabaron, ahora sí, las flores y los ramos. Soler hizo el paseillo como aprendiz y salió a saludar junto a los maestros consumados, casi casi como si fuera cualquiera de ellos.

Bendito San Pascual, que cuida por igual interés a los de Vila-real y a quienes proceden de abajo de la Tanda.

Un chavalillo de dos años mal contados, vestido de luces no encendidas pero con montera, daba pasos al viento en el solar de la esquina del "Camí de la Mayorazga", bajo la vigilante mirada, satisfecha, del padre; mientras, centenares de coches, a diestra y siniestra, regresaban a la ciudad.

Eran las nueve menos cuarto, ya anocheado; y cayeron cuatro gotas, desapercibidas, como lágrimas de ángeles que visionaron la fiesta desde las nubes.